

I

Jerusalén, abril del año 30

Nada parecía real esa mañana de domingo, los alrededores de Jerusalén, habitualmente solitarios y transitados por los pocos campesinos que se acercaban al comenzar cada día a cultivar sus huertos, aparecían llenos de peregrinos, y en los caminos cada vez iban confluyendo más personas procedentes de todos los lugares para asistir a las fiestas que comenzaban ese mismo día. Las celebraciones ya se habrían iniciado durante el viaje y los gritos y cánticos rellanaban cada vez con más fuerza el ambiente iluminado por el sol de la mañana.

Cerca de la muralla, en las proximidades de la Puerta de Susa, justo después de pasar al lado donde varios días después comenzaría el final de todo, el gentío se arremolinaba y cerraba el paso a un hombre que avanzaba sobre un borriquillo acompañado de sus seguidores. Lo aclaman como el Mesías, y sus discípulos, al principio atemorizados, luego incrédulos, pero después con claros signos de alegría, se miraban unos a otros y gritaban con más fuerza que el resto de la gente.

No parecía que fuese verdad. Como si se tratase de una escena robada a otra historia, la llegada de Jesús a Jerusalén era como una isla de felicidad cerca de un mar Muerto que de alguna manera venía a representar el destino final de unas vidas que habían brotado años atrás para cambiar de manera definitiva el destino de la humanidad. Y no podía ser real, porque no parecían haberlo sido las dificultades vividas antes de ese domingo de Pascua ni los acontecimientos que acabarían con el ajusticiamiento de quien ahora era aclamado como hijo de Dios.

Pero lo que estaba ocurriendo era cierto, no estaban soñando, ni tampoco lo estaban oyendo de boca de nadie: lo estaban vivien-

do, y, en cierto modo, todo lo que habían pasado juntos en esos últimos cuatro años les parecía cobrar sentido esa mañana de domingo. Jesús se presentó a comienzos del mes de abril del año 30 en Jerusalén, después de haber estado enseñando las semanas anteriores en Galilea. No era la primera vez que acudía a esa ciudad y quizá por ello la preocupación de los discípulos era mayor, pues tanto en la primera visita que realizó a finales del año 29 para acudir a la fiesta del Tabernáculo como en la que había realizado meses antes para la fiesta de la Dedicación surgieron problemas con los fariseos. Quizá por ello la preocupación inicial era más que evidente en el grupo, aunque todo fue transformándose en alegría conforme fueron avanzando por las proximidades de los escenarios que acogerían los ahora desconocidos momentos más dramáticos de la Pasión: el monte de los Olivos y el jardín de Getsemaní, ese día con una apariencia totalmente diferente iluminados bajo el sol radiante de la mañana y bañados por la alegría de las celebraciones.

Y, como si el destino los estuviese esperando, el templo se levantaba sobre la muralla de la ciudad como un baluarte aún más infranqueable que la fortaleza más robusta. Tres años antes, en su primer viaje a Jerusalén, Jesús fue cuestionado por las autoridades judías por irrumpir en él y expulsar de manera violenta a compradores y vendedores, y en el viaje anterior, tan sólo unos meses atrás, fue acusado por los fariseos por curar a un hombre con hidropesía en sábado mientras estaba a la mesa de un príncipe fariseo, circunstancia que agravó la interpretación que se hizo del hecho de faltar a la fiesta sabatina, y si todo ello no hubiera sido suficiente, días después las iras judías culminaron cuando Jesús resucitó a su amigo Lázaro. La animadversión y el ambiente contra él estaban ya preparados.

No era casualidad: la historia de Israel ha estado salpicada de elementos convulsos que han agitado a su sociedad, especialmente en algunos momentos de su pasado en los que la intensidad de la agitación llegó al enfrentamiento civil y a verdaderas escisiones entre la población, con frecuencia bajo la influencia de culturas cercanas invasoras. El pasado parecía haber anclado al presente, o éste arrastrar el pesado lastre de una historia que se repite con los mismos protagonistas y alrededor del escenario del templo de Israel, que de alguna manera venía a representar el elemento común de los conflictos sociales, políticos y religiosos, y ese testigo histórico de todo lo acontecido.

Las referencias históricas sitúan la unión de las tribus hebreas sobre el año 1023 a.C. para formar el reino de Israel bajo el gobierno de Saúl, pero fue su sucesor, el rey David, quien estableció la capital del reino en Jerusalén y su hijo Salomón quien levantó el templo de Jerusalén sobre el año 960 a.C. (las fuentes indican que se construyó durante los años 969 y 962 a.C.) en sustitución del Tabernáculo, que era el lugar de reunión para el culto de Yahvé desde los tiempos del Éxodo, y donde se depositó de forma permanente el Arca de la Alianza. Tras reinados de prosperidad se sucedieron los periodos convulsos de la historia de Israel y el templo, al igual que su cultura y sentimientos, mostró las cicatrices de las heridas sufridas en los diferentes conflictos. Tras la muerte de Salomón el templo sufrió diferentes profanaciones al introducir entre sus muros distintas deidades sirias y fenicias, práctica que continuó con los ataques materiales que poco a poco fueron deteriorándolo. Pero no fue hasta aproximadamente el año 586 a.C. cuando tras la invasión babilónica de Israel las tropas del rey Nabuconodosor II lo destruyeron por primera vez y tomaron como esclavos a un gran número de los habitantes del Reino, asociando el conflicto religioso al civil.

La humillación social por la dominación y la esclavitud del pueblo judío se vio culminada por la destrucción de su templo, hecho que permanecería en la memoria colectiva de su gente a lo largo de la historia.

Unos 70 años más tarde, tras el sometimiento por los persas, los judíos fueron autorizados a reconstruir su templo (517 a.C.), lo que permitió que se produjeran nuevas profanaciones por parte de los ejércitos dominadores que se fueron sucediendo; una de las más nombradas fue la de los griegos, que llegaron a colocar una estatua de Zeus tras la toma de Jerusalén por Epífanes. De nuevo el pueblo se sublevó ante la profanación del templo en la denominada revuelta de los Macabeos, en honor a su líder Judas Macabeo, y lograron liberar al pueblo judío y restaurar el templo, todo ello en el año 150 a.C. A pesar de esta victoria la llegada de los romanos fue seguida de actos de profanación, aunque fue bajo el dominio romano, concretamente en el año 20 a.C., cuando el rey Herodes el Grande realizó la restauración completa del templo según su estructura y su planta originales, y amplió los muros externos y las entradas al recinto.

Fue éste el templo que conoció Jesús y del que expulsó a los comerciantes, y fue a él al que se refirió anunciando su nueva des-

trucción, pero sobre todo fue en este templo reconstruido por Herodes, el mismo que intentó acabar con su vida poco después de su nacimiento, donde se tramaron las acusaciones llevadas ante las autoridades romanas para pedir la muerte de Jesús.

La religión judía no podía permitir lo que fue considerado como un ataque y una blasfemia, y el mismo pueblo que aclamaba a Jesús a la entrada de Jerusalén el domingo de Pascua días más tarde pedía su crucifixión. Desde el origen del pueblo judío las tradiciones han presentado a su religión como un elemento estrechamente vinculado a la organización social y a las relaciones entre sus gentes. La esencia de la cultura del pueblo judío era cumplir el mandato de Dios. Fue el dios Yahvé quien dio la orden a Abraham de asentarse en la tierra de Canaán, partiendo desde Mesopotamia hasta Judea. Después tuvieron que emigrar hasta la zona de Egipto situada alrededor del delta del Nilo, donde los israelitas vivieron como esclavos hasta que fueron liberados por Moisés y conducidos de nuevo a la tierra prometida de Canaán, una historia repleta de mitos, pero que recoge muy bien la estrecha vinculación del sentido que para los judíos tiene la vida a través de la religión, y el monoteísmo como característica fundamental de ésta, hasta el punto de fundamentarse en la alianza o pacto entre Dios y el pueblo judío sellada en el monte Sinaí por Moisés, que establece que Israel es el pueblo elegido como mediador entre Dios y la Humanidad, y salvador de esta última.

La alianza entre el pueblo de Israel y Dios lleva a interpretar que existe una relación de causalidad entre el comportamiento humano y su destino. Por lo tanto, el padecimiento que sufría el pueblo judío era interpretado como consecuencia de sus malas acciones, que de alguna manera se imponían sobre las buenas obras realizadas por una parte del pueblo. Esta situación requería una respuesta por parte de Dios, que era interpretada como una impartición de justicia que se desarrollaría tras la muerte y que permitiría castigar a los alejados de los mandatos de Dios y recompensar la virtud y la obediencia de quienes sí habían seguido sus dictados. Junto al planteamiento individual sobre cada uno de los judíos, se fue desarrollando de forma simultánea una idea de justicia de Dios o teodicea para todo el pueblo judío, sometido históricamente a dificultades, dominaciones, esclavitud, expulsión de sus tierras, ataques a su cultura y su religión..., situación que acabaría cuando Dios enviara al Mesías (Cristo en griego, y que sig-

nifica «el ungido», quien vendría a este mundo a redimir a los judíos y restablecer la situación histórica por medio de la soberanía de sus tierras). Esta posición religiosa tuvo gran trascendencia en la sociedad y sobre la actitud «pasiva» o de espera que fue calando entre el pueblo judío, que permitió desarrollar lo que se ha denominado el mesianismo, ese anhelo por la llegada del Mesías, desde épocas muy tempranas de sus historia, especialmente cuando las circunstancias sociales, políticas o religiosas se presentaban con dificultades o se veían envueltas en algunas de las calamidades que han afectado al pueblo de Israel a lo largo de la historia. La solución de los problemas siempre llevaba a la religión y ésta aparecía como la solución a los mismos, pues sólo la observancia de la ley divina garantizaba la virtud y, además, podía hacer que de forma individual cada persona contribuyera por medio de esa actitud a la llegada del Mesías.

En esta cultura religiosa y con esa religión tan cultural, la época de Jesús no fue muy diferente a otros momentos del pasado judío. Poco después de su nacimiento murió Herodes el Grande (37-4 a.C.) y surgieron disturbios y enfrentamientos contra Roma y frente al nuevo rey, Arquelano, quien desde el principio entró en conflictos religiosos al no destituir como sumo sacerdote a Joazar, aunque también surgieron enfrentamientos y revueltas de carácter social y político en distintas ciudades al margen del problema religioso. Ante esta situación Roma reaccionó dividiendo el reino de Israel en tres territorios y nombrando a tres de los hijos de Arquelano responsables de cada uno de ellos: Arquelano, Filipo y Herodes Antipas. Este último vivió en la misma época que Jesús (4 a.C.-39 d.C.) y gobernó sobre los territorios donde Jesús realizó la mayor parte de su predicación: Galilea y Perea. La personalidad de este rey es descrita por los historiadores como ambiciosa y desproporcionada, no dudando en resolver los conflictos de forma violenta cuando se presentaban ante él, como ocurrió con el encarcelamiento y posterior decapitación del profeta Juan el Bautista, o cuando decidió tomar como esposa a Herodías, mujer de su hermano e hija del rey nabateo Aretas, hecho que dio lugar a un enfrentamiento y a la guerra entre estos dos monarcas.

Los conflictos se sucedieron hasta la llegada de Poncio Pilato como procurador romano (26-36 d.C.) y, aunque no finalizaron con él, sí se modificaron en su manifestación, y de expresarse en forma de revueltas o enfrentamientos violentos, pasaron a caracte-

rizarse por acciones de resistencia pasiva no violenta, que llevaron a Pilato a actuar de manera proporcional y a resolver los diferentes problemas sin recurrir a una violencia desproporcionada y aleccionadora, aunque no se pueda decir que ésta estuviese ausente. En cualquier caso, reflejaba una actitud distinta surgida probablemente de un clima diferente en el que las relaciones entre las autoridades religiosas, políticas y militares mantenían un equilibrio que quizá, en lugar de ser interpretado por todas las partes como una plataforma sobre la que seguir consolidando el desarrollo del pueblo judío, es cierto que bajo la dominación romana, fue percibido como augurio de nuevos conflictos, posiblemente aún mayores a los vividos, por esa visión apocalíptica tan vinculada a los sentimientos judíos.

En estas circunstancias, el análisis político-militar que podía hacer Pilato era muy diferente a las deducciones que podían llevar a cabo las autoridades religiosas y civiles de Jerusalén ante la llegada de Jesús, y mientras que el primero no veía riesgo alguno en los movimientos civiles que existían en Israel, y eran conscientes de que si surgían podrían ser aplacados con facilidad, los segundos sí veían en Jesús un riesgo que iba aumentando conforme el conocimiento de sus enseñanzas y prodigios se extendía, al tiempo que cuestionaba muchos de los preceptos religiosos que desde el poder del templo se imponían al pueblo.

Y no era de extrañar esa preocupación, pues la realidad religiosa judía de la época, quizá mal interpretada desde la perspectiva del presente al creer que la esencia y el sentimiento religioso del pueblo judío, entendido como fundamentado en el mensaje y en la alianza con Dios, se traducían en una práctica religiosa común y rígida, algo que no ocurría en realidad. Todo lo contrario.

Como recoge el historiador César Vidal en su libro *El Documento Q*, en la época de Jesús había una importante flexibilidad doctrinal y una gran variedad de escuelas, grupos, sectas o facciones religiosas, que sobre la base común de los textos sagrados llevaban una vida y unas prácticas religiosas muy diferentes, enfrentándose, incluso, en algunos de los elementos trascendentales del judaísmo, como ocurría con la resurrección del alma, la igualdad de todas las personas o la libertad para actuar con independencia de Dios.

Esto hacía que a pesar de la gran influencia de grupos como los fariseos o los saduceos, que dominaban las esferas religiosas y

civiles, muchas otras sectas o escuelas no compartieran sus interpretaciones, como ocurría con los esenios, los zelotes o los sectarios ubicados en Jirbet Qumran, y que incluso dentro de ellas existieran diferentes grupos con posiciones claramente alejadas entre sí. Este ambiente tan fragmentado hacía que en lugar de tomar posición por alguna de las escuelas, y en consecuencia enfrentarse a las otras, la mayoría del pueblo judío permaneciera al margen de la rigidez impuesta por los grupos religiosos, y se limitara a cumplir en mayor o menor grado con los preceptos más destacados de la religión a través de sus propios medios y creencias, siempre manteniendo un nexo común en los valores y mandatos fundamentales, pero a mucha distancia de la interpretación que hacían desde los grupos minoritarios del poder, y sin ver en ellos una conducta ejemplarizante que seguir.

No es de extrañar, pues, que desde el punto de vista militar no se observara riesgo alguno, y que, por el contrario, desde la posición religiosa se sintieran amenazados por un mensaje cristiano que llegó a un pueblo alejado de la realidad del poder político, civil y religioso, abandonado por sus dirigentes, enraizado en la esperanza histórica de una salvación y liberación civil y religiosa que pusiera fin a siglos de conflictos, dominación y éxodo, situación constatada aún en ese presente fragmentado en la tierra, dividido en la religión y jerarquizado en lo social. Para ese pueblo el mensaje de Jesús fue tomado como la solución a la utilización interesada de las posiciones de poder tanto por su significado social como por el contenido religioso.

Sin duda ésa tuvo que ser la primera reacción, la más superficial y directa, que difícilmente podía ser interpretada y valorada con la trascendencia y la profundidad que los acontecimientos posteriores le otorgaron. Jesús debió de ser considerado como la esperanza, una esperanza que en Israel tenía nombre, el Mesías, y que venía precedida por una fama mundana conseguida a través de acontecimientos extraordinarios (milagros y curaciones), y por un mensaje que flexibilizaba la interpretación rígida que desde las diferentes escuelas hacían de los mandatos de Dios, además de recuperar alguna de las esencias del judaísmo para su observación práctica. Todo adquiriría un sentido nuevo que rompía con la imposición de los ritos que hacían los intérpretes de las escrituras, que llevaban a hacer de la religión una forma de vida, mientras que con Jesús era la vida la que se convertía en una forma de religión.

Jesús no rompe con el judaísmo, no se enfrenta a él desde una posición extraña, sino que lo hace desde dentro, como parte de él. Jesús cuestiona algunas de las interpretaciones que se habían hecho de las Sagradas Escrituras y critica la deriva que habían seguido las distintas sectas y escuelas de la religión de Judea, pero lo hace desde sus principios y esencia, algo, si cabe, que debió de causar más desconcierto. De hecho, el mensaje de Jesús coincidía con muchos de los planteamientos religiosos que defendía el grupo religioso organizado más numeroso, el de los fariseos, y compartía con ellos la inmortalidad del alma, la libertad humana y la idea de resurrección de las almas, aunque por otra parte tenía diferencias radicales en las formas de plasmar en la vida diaria esos valores y creencias religiosas, pues se apartaba de los objetivos políticos de los fariseos, de los sacrificios en el templo y, en general, de todos los ritos que predicaban, que para Jesús suponían un alejamiento del verdadero sentimiento religioso y una barrera para llegar a conocer a Dios, pues en lugar de buscarlo en esos rituales se detenían y justificaban ante ellos.

Esa mañana del domingo de Pascua el miedo de los fariseos probablemente se unió al de los saduceos y todos comprobaron en la reacción de júbilo del pueblo que Jesús se presentaba como una amenaza real. No se trataba de las historias que le precedían ni de los milagros que le atribuían, ni siquiera de los hechos extraordinarios ocurridos en su última visita a Jerusalén, realizada tan sólo unos meses antes para asistir a la fiesta de la Dedicación, que conmemoraba, precisamente, la restauración del templo donde ahora tramaban su plan y compartían temores; no eran esos sucesos lo que les preocupaban, sino la aceptación de la gente, esa demostración de júbilo y exaltación de su figura y sus obras, la confianza en Él y la creencia en su mensaje; su humildad y su apertura a todas las personas con independencia de su origen, clase o condición, siempre que buscaran a Dios de manera directa, sin necesidad de la rigidez ni las imposiciones de los rituales. Era todo ello y las voces que lo aclamaban como el Mesías y como el nuevo rey de Israel lo que les preocupaba.

Los fariseos y los saduceos sabían que en un pueblo que espera el pasado, no el futuro, el presente siempre es inestable y mientras la gente se dejaba arrastrar por las manifestaciones más extraordinarias, esas que hacían referencia a sus milagros, a la curación de enfermos, la devolución de la vista a ciegos o a la resucitación

de muertos, como la de su amigo Lázaro realizada unos meses atrás y todavía presente en las conversaciones de la gente, ellos revisaban el contenido de las escrituras para tomar una decisión.

Los libros proféticos eran claros y los problemas del pueblo eran consecuencia de su maldad, una idea presente de manera constante en el pueblo de Israel y de manera muy especial en su templo, por lo que sería Dios quien salvaría a Israel por medio del Mesías. Una situación que podía coincidir con los últimos acontecimientos históricos y un personaje como Jesús que encajaba en las profecías realizadas siglos antes por algunos de los profetas mayores como Isaías.

Y lo que hasta ese día no había dejado de ser considerado un movimiento más dentro de las múltiples sectas que surgían dentro del judaísmo, esa mañana produjo una agitación en el interior del recinto amurallado del templo que fue recorriendo cada uno de los patios y rincones hasta ocasionar una verdadera crisis en sus sacerdotes. La conclusión fue clara: no se podía permitir que Jesús y sus discípulos continuaran con su predicación y su obra, y la solución que contemplaron apareció de forma nítida ante ellos: había que acabar con la vida de Jesús; de lo contrario, sólo supondría un retraso en el proceso, pero no su finalización, y, además, con toda probabilidad, de no actuar de manera definitiva sobre el líder, cualquier acción soliviantaría a sus múltiples seguidores, que aprovechando el tumulto de las fiestas podrían dar lugar a importantes revueltas civiles.

La decisión no se hizo esperar y Caifás, sumo sacerdote del templo y perteneciente a los saduceos, y, en consecuencia, más alejado y enfrentado a las posiciones de Jesús, mandó convocar al sanedrín.

Las acusaciones presentadas contra Jesús fueron muy claras y rotundas, y no se hicieron esperar. Desde el punto de vista religioso fueron dos tipos de acusaciones las que se hicieron; por una parte, las acciones que había dirigido contra el templo y, en consecuencia, contra todo lo que representaba dentro del judaísmo se basaban en la expulsión violenta de los comerciantes y los vendedores situados en sus patios, y en el anuncio de la destrucción del templo, todo ello acompañado de actos que faltaban a los mandatos de las escrituras, como no respetar la fiesta del sábado al realizar curaciones ese día. Y, por otra parte, estaban las acusaciones que hacían referencia a la autoproclamación de su condición divina al presentarse co-

mo Mesías y como hijo de Dios, algo que era considerado como blasfemia y merecedor del máximo castigo religioso.

Con esos argumentos poca defensa tenía Jesús ante el sanedrín, de ahí quizá la actitud pasiva adoptada ante las acusaciones que esgrimían, pues de alguna manera todos eran conscientes de que lo que allí se decía sólo eran los argumentos para acabar con un movimiento más profundo, y que desde el planteamiento de las autoridades del templo no se iba a consentir que las manifestaciones de apoyo a Jesús llevadas a cabo en un ambiente festivo pudieran consolidarse como una «nueva escuela» que, con un mensaje coherente con la realidad del judaísmo y en sintonía con la tradición histórica, pudiera acabar con el estatus actual y revolucionar la religión que defendían, no con ataques externos, sino con la materialización de los propios contenidos de las Sagradas Escrituras.

La deliberación del sanedrín no fue prolongada y al cabo de un tiempo pronunció la condena a muerte de Jesús. Pero las autoridades judías no podían aplicar la pena de muerte según las normas establecidas por los romanos en los territorios dominados.

Ante estas circunstancias las autoridades religiosas, fieles a su objetivo de acabar con la vida de Jesús para arrancar con su hálito vital las raíces que ya habían profundizado en las tierras fértiles de la desesperanza, idearon un nuevo plan para conducir a Jesús ante las autoridades romanas y hacer que éstas ejecutaran su condena a muerte. Para ello tuvieron que cambiar de estrategia y de una acusación basada en argumentos religiosos pasaron a destacar frente a los romanos los conflictos políticos y sociales que se derivaban de los planteamientos radicales de Jesús y sus discípulos, algo que no resultó muy difícil dada la estrecha relación existente en la sociedad judía entre lo religioso y lo civil, así como por las evidentes muestras de crítica social que se produjeron durante la entrada de Jesús a Jerusalén y por la necesidad de controlar los elementos religiosos como garantes de la estabilidad social. Así, cuatro años más tarde del inicio de su predicación, Jesús se vio ante Pilato.

La sentencia del sanedrín probablemente aumentó la tensión en el ambiente en lugar de tranquilizar los ánimos de los que asistían a todo ese proceso. Consideraban que debían hacer desaparecer la figura de Jesús; habían escenificado el proceso para conseguir una condena que lo consideraba culpable por haber actuado contra Dios y las escrituras, por lo que el resultado fue rotundo:

debía morir por lo hecho. Pero los judíos, como hemos apuntado, no podían ejecutarla: debían llevar el proceso ante las autoridades romanas para que fuesen ellas las que ejecutaran la pena, pero éstas no podían hacerlo a partir de un juicio judío, tenían que hacer su proceso y debía resultar culpable según la legislación romana.

La interpretación tradicional presenta estos hechos como dos acontecimientos separados y sin mucha relación, como si en realidad se hubiera tratado de dos fases diferentes: la primera relacionada con las acusaciones religiosas y la segunda con la actuación política dirigida a satisfacer la voluntad o los deseos de una aristocracia religiosa de sobra conocida por las autoridades romanas en sus pretensiones y objetivos. El análisis de los acontecimientos indica que no debían de estar tan alejados los intereses de unos y otros cuando el resultado fue la condena a muerte en la cruz. Es posible que no se tratara de una decisión predeterminada y que quizá el propio desarrollo de los hechos conforme el proceso fue avanzando hizo que se tomaran decisiones en un determinado sentido y no en otro, pero la presentación de lo ocurrido como dos fases inconexas de unos hechos que tenían el elemento común de la persona acusada es difícil de mantener.

Los acontecimientos del domingo no pudieron dejar impasibles al procurador romano Poncio Pilato. Llevaba en el cargo tres años y nunca había visto una manifestación como la ocurrida ese día: se había enfrentado a revueltas y a conflictos violentos, pero no a una reivindicación festiva y pacífica basada en el reconocimiento de un hombre. Y aunque las aclamaciones lo presentaban como el Mesías y el hijo de Dios, una gran parte del gentío también debió de lanzar consignas de carácter político y en contra de la ocupación de Israel, pues, entre otras razones para hacerlo, la simple interpretación de las escrituras hacía que muchos entendieran el reinado de Dios sobre Israel y la obra de Jesús como enviado suyo como una liberación definitiva de la subyugación del pueblo judío y la verdadera instauración de un nuevo reino bajo los dictados de Dios. Esta esperanza, junto a las protestas contra la situación política y social causada por la dominación romana, formó parte de los gritos en esa mañana de Pascua.

La estrecha relación entre la religión y la vida civil, incluso para los que no compartían las creencias, pero sí tenían a su cargo el control de la sociedad, hacía que las acciones llevadas a cabo por Jesús y consideradas como afrentas religiosas, junto a la manifesta-

ción que se organizó a su entrada a la ciudad, fueran lo suficientemente graves como para generar cierta alarma y precaución en las autoridades, sobre todo en unas circunstancias como las del momento, en las que la tensión política y social habitual surgida de la ocupación de Judea y el sometimiento del pueblo de Israel se veía aumentada de manera notable durante las fiestas religiosas nacionales que se celebraban en la ciudad santa de Jerusalén, que congregaba a los peregrinos más fervorosos y, en cierto modo, más nacionalistas y reivindicativos.

Las seis fiestas principales (Purim, Pascua, Pentecostés, Día de la Expiación, Tabernáculo y Dedicación) provocaban esa situación de alerta, pero ese año la manifestación popular alrededor de la fiesta de Pascua, que se celebraba en conmemoración de la liberación de los israelitas de la esclavitud de Egipto y que, por tanto, contaba con un significado especial en contra de la ocupación romana, debió de generar una verdadera situación de alarma, que no pudo pasar inadvertida para quienes vieran peligrar su estatus, las autoridades cuestionadas por las críticas de la masa, que fueron tanto las religiosas como las políticas.

En estas circunstancias la actuación del sanedrín no tuvo que estar tan alejada ni al margen de la política, aunque es posible que, conforme fue transcurriendo el día y la gente fue participando en las fiestas, dispersándose por diferentes lugares y en distintas actividades, las autoridades políticas se tranquilizaran, algo que no ocurrió en el interior del templo, donde el eco de las murallas hacía resonar una y otra vez las alabanzas hacia Jesús. Por ello, cuando Jesús fue trasladado ante Poncio Pilato bajo las acusaciones religiosas, no adoptó una postura tajante en contra del reo, incluso intentó evitar su participación en el juicio basándose en un argumento técnico apoyado en las normas vigentes, que indicaban que al tratarse de un judío de Nazaret y, por tanto, de Galilea debía ser juzgado por sus gobernantes, por lo que se abstuvo y remitió la causa a Herodes Antipas, gobernador de Galilea y presente en Jerusalén con motivo de las fiestas de Pascua.

Herodes, desde la distancia territorial al problema que se vivía en la capital, y probablemente debido a su enfrentamiento con Pilato, no lo consideró como peligroso desde el punto de vista político, teniendo en cuenta que las principales acusaciones que se lanzaban habían ocurrido en Jerusalén, no en Galilea ni en Peerea. Así que él también actuó de forma similar y se abstuvo. Pero,